

Educación y violencia



Entrevista con José JIMENEZ LOZANO

El Instituto «Fe y Secularidad» viene organizando unos encuentros anuales que bajo el título de «Forum del hecho religioso», concitan durante unos días, a los representantes más importantes de la actual «intelligentzia» española en torno a un tema tratado con carácter monográfico.

El de este año, celebrado en Majadahonda, los días 26, 27 y 28 del pasado setiembre, ha sido el de la violencia. Uno de los tres ponentes, junto a Castilla del Pino y González Ruiz, fue José Jiménez Lozano.

Además de novelista, investigador de temas históricos, conocedor de los momentos y autores más importantes de la literatura universal, Jiménez Lozano es uno de los «reflexionadores» más agudos y mejor informados de la historia religiosa en general y de la española en particular. Una historia precisamente cruzada en sus entresijos por acciones violentas. En torno a este asunto, viejo, pero desgraciadamente actual, como es la presencia de fórmulas y modelos violentos en la educación, habla hoy para P. y M.

Sobre el nexo entre educación y violencia, Jiménez Lozano afirma que «desde antiguo, la educación se ha concebido como la acción necesariamente violenta sobre el niño».

—¿En qué sentido y desde qué presupuestos?

—Las metáforas más usuales eran las de enderezar un árbol o moldear la cera. Se trataba de moldear adultos, para lo cual la actitud esencial era la del podador de malos instintos y malas inclinaciones, esto es, de todo aquello que según el estereotipo del adulto, no estaba conforme con él. No hay más que contemplar los niños de los cuadros de Breughel: incluso cuando juegan, lo hacen como adultos. No queda en sus rostros nada de la espontaneidad y de la luminosidad de la infancia.

—La institución escolar es hija de unos condicionamientos históricos que mimetizan y concretan en los modos escolares la rigidez y la intransigencia de las pautas sociales, ¿cómo se refleja esto en el ámbito de la docencia?

—El prestigio de los controles, de los castigos físicos y del autoritarismo

estaban justificados, si realmente se tiene como finalidad educativa la de producir adultos en miniatura o, como se decía: «niños humilditos», inteligencias que aceptaran el tinglado social, las ideas recibidas, todas las convenciones sociales.

Los educadores miraban al niño como a un enemigo, un jardín boscoso que había que descombrar y luego cultivar, como una «tábula rasa in qua nihil scriptum est». Las ideas o los hábitos que se trataba de inculcar tenían que ser inculcados con violencia, con seguridad, sin el más leve resquicio crítico. Incluso a nivel universitario, estaban los «manuales» que contenían todo y de manera apodíptica, con palabras incluso sacramentales que debían memorizarse para evitar que pudiera pensarse sobre ellas.

—Interiorizando más el análisis, ¿es cierto, aquí también, que el lenguaje no puede ser jamás inocente o neutro?

—El lenguaje mismo se hace académico, es decir, que se define el uso adecuado y exclusivo de cada palabra sustrayéndola a toda eventual espontaneidad y vida que pudiera darle un significado diferente y perturbador. No hay que olvidar que la Academia Francesa es obra, en gran parte, de los calvinistas y que la función de esta Academia es la de limpiar y purificar y escoger a los elegidos solamente, condenando a los demás. Y no hay que olvidar tampoco que la función del siniestro «Newspeak» de Orwell, en su «1984» es también la de hacer esto mismo con el lenguaje, tornándolo rígido, exclusivo, limpio, totalitario y muerto para cualquiera otra cosa que no sea el encarnar las verdades oficiales y definidas.

—Quiere decirse, entonces, que una educación con modos y contenidos violentos está condenada a fabricar tales violentos.

—Sí, sin duda alguna. La violencia se ha aprendido como el gran valor y el más o el único efectivo. Se ha aprendido a comportarse correctamente sólo por miedo, y la violencia se hace necesaria.

—Relacionando esto con el tema de la ponencia del último Forum, ¿qué puede decirse de la Iglesia, precisamente en la educación

de la fe, sobre algunos modos de entenderla y extenderla?, ¿es propiamente una enseñanza o estamos ante una imposición?

—Incluso a nivel de fe, la enseñanza de los contenidos de ésta se ha hecho como violencia y con violencia. Algunos contenidos dogmáticos han sido manejados para atemorizar, y símiles como los del brazo gangrenado que hay que cortar, han sido empleados para señalar la intolerabilidad de la existencia de «los otros» que deben ser extirpados. Eso tiene consecuencias terribles —las ha tenidos— no solo para la forma de convivencia civil: la democracia, por ejemplo, sino para el entendimiento mismo de la tolerancia y de la libertad a niveles más primarios, religiosos y humanos, o ha privado a pueblos enteros de enterarse de lo que puede ser el espíritu cristiano o la esencia de la fe.

Jiménez Lozano, que analiza frecuentemente en la prensa diaria y especializada el sesgo de los comportamientos culturales contemporáneos, está convencido de que el niño es sometido ambientalmente a un continuo impacto de coerción y violencia, procedente de los adultos. Lo describe así:

«Es la violencia de los adultos la que corrompe a los niños más que ninguna otra cosa: ese espectáculo que es la vida y ante el que el niño es especialmente sensible: un espectáculo de competitividad salvaje, de ausencia de piedad o de indiferencia para el vencido, de éxito que pisotea a los hombres, de brutalidad y sangre incluso por cuestiones abstractas como las ideologías. Creo que el niño, el muchacho moderno, averigua muy pronto que, si no es violento y sin escrúpulos, si es un hombre ético y pacífico, será devorado; sabe que el adulto no cree en la moral, sino en la fuerza y una cosa así lo rebela y lo corrompe. Pero, naturalmente es más fácil corromperse que rebelarse idealísticamente, y la opción por la delincuencia y la violencia es, a sus ojos, una madurez: el haber llegado a ser adulto, por fin. Y, desgraciadamente, la lógica interna de este modo de pensar es inatacable: la violencia siempre ha fabricado monstruos, que se sepa. ■

GONZALO BLANCO NOZAL